

REVISTA CHILENA,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO II.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor,
IMPRENTA DE LA REPUBLICA.

—
1875.

LA FILOSOFIA POSITIVA.

En tous lieux se trouvent des esprits qu'ignorent la philosophie positive, mais qui, impatients de théologie et de métaphysique, sont curieux de ce qui se propose pour les remplacer (Littré). (1)

No es una esposicion de la doctrina positiva lo que me propongo hacer en este artículo, sino solamente algunas observaciones sobre esta importante filosofía, de la cual comienza a hablarse en nuestro país.

Entre nosotros reina una gran confusion sobre lo que debe entenderse por filosofía, i sobre su importancia i utilidad en el desarrollo del espíritu humano. La jeneralidad de los espíritus ilustrados está dispuesta a mirar con absoluto desden todo lo que lleve el nombre de filosofía.

Fácil es, por otra parte, esplicarse este singular fenómeno. Cuando los jóvenes abordan el estudio de la filosofía que se enseña en nuestros colejos, vienen ya con algun conocimiento de las diferentes ciencias físicas i naturales, i por lo tanto, se establece mui luego en sus intelijencias una comparacion entre la ciencia i la filosofía. No perciben ninguna clase de relaciones entre ellas; no descubren sendero alguno por donde subir de la ciencia a la filosofía, ni por donde bajar de ésta a aquella. Han visto cuán seguro es el método experimental de las ciencias, cuán reales las verdades a que conduce, i ven ahora en la filosofía ese método *a priori*, cuyos resultados no pueden satisfacer a la intelijencia, que no encuentra una base sólida en que apoyarse, i a la cual se presentan a la vez igual número de argumentos en pro i en contra

(1) Auguste Comte et Stuart Mill, p. 2.

de cada proposicion. Si recorren la historia de la filosofía, observan que las opiniones filosóficas han variado sin cesar, i que los sistemas de filosofía son tan numerosos como los hombres que se han entregado a su cultivo; casi no hai dos filósofos que estén de acuerdo en todos sus principios, i ni uno solo de éstos sobre el cual estén acordes todos los filósofos. Qué inmensa diferencia, si echan una mirada a la historia de las ciencias: ahí se les aparece al instante un conjunto de verdades que va acrecentándose gradualmente por los trabajos incesantes de todos los hombres que se dedican al noble cultivo de las ciencias.

En resúmen, observan en la ciencia una gran claridad i hechos reales que se graban profundamente en su espíritu, miéntras que al entrar en la filosofía, se encuentran rodeados de una densa oscuridad, i tan solo perciben sus oídos una pura fraseología que no puede hacer la menor impresion en su órgano intelectual.

Hé ahí, pues, cómo se produce entre nosotros ese desden jeneral por la filosofía metafísica; fenómeno que no es, por otra parte, peculiar de nuestro pais, porque esto mismo sucede en la mayor parte del mundo civilizado. La metafísica está por todas partes en completa decadencia. Ya casi no se ven aparecer esos grandes filósofos que, estraños a todo conocimiento científico, construian sus sistemas filosóficos por una elaboracion interna de su espíritu, sin tener absolutamente en cuenta la realidad objetiva. Pasó ya el tiempo en que podian formar escuela i tener un grande ascendiente sobre el mundo intelectual, hombres que, como Cousin, no poseian la menor nocion sobre ninguna de las ciencias positivas. Hoi solo puede levantar la voz la razon, apoyándose en el único fundamento de la verdad: la esperiencia. Apesar de todo esto, se persiste todavía en enseñar en nuestros colejos una psicología puramente metafísica, sin cuidarse mucho de la altura a que ha alcanzado este importante ramo de los conocimientos humanos, gracias a los preciosos trabajos de Bain, Herbert Spencer i Stuart Mill.

Esta carencia absoluta de una enseñanza filosófica, en conformidad con las ciencias positivas, produce funestos resultados para la solidez de nuestra intelijencia i aun para nuestro carácter moral. De ahí depende que exista entre nosotros tan gran diverjencia acerca de los principios fundamentales del saber. A no tener una filosofía que haga palpable la íntima solidaridad de todos los trabajos humanos, debe atribuirse principalmente esa ausencia de espíritu de asociacion que es ya característica en nosotros, sobre

todo para las grandes empresas intelectuales i morales. Se hace tambien notar en nosotros esa falta de iniciativa i de carácter para decir la verdad, pues estas cualidades son solo el fruto de convicciones profundas; i ¿cómo encontrar éstas en espíritus que, por la educacion recibida, admiten en cierto orden de problemas el modo de pensar positivo, i en otro, el modo teológico o metafísico?

Todos los fenómenos, pues, que se observan en nuestra sociedad (como en todas las sociedades modernas), sus males, sus necesidades i sus tendencias, están exijiendo la enseñanza de una filosofía que, apoyándose en las ciencias positivas, nos dé una base sólida para nuestros conocimientos, i nos suministre al mismo tiempo un instrumento seguro para descubrir nuevas verdades en el vasto campo de los fenómenos del universo.

Con estos dos caracteres esenciales se nos presenta la filosofía positiva de Augusto Comte, sobre la cual voi a permitirme hacer algunas observaciones.

Veamos primeramente qué es lo que entiende por filosofía esta nueva doctrina; i para ello, es necesario, ante todo, conocer el gran principio de la relatividad de los conocimientos humanos, principio que es la base de todo positivismo. Hé aquí en lo que consiste: todo lo que nosotros sabemos de la materia son las impresiones que produce en nuestros sentidos, i a las cuales damos el nombre de propiedades de la materia. El cambio acaecido en el modo de obrar de un cuerpo sobre nuestros sentidos, es lo que llamamos fenómeno. Toda la ciencia humana se reduce a investigar las relaciones que existen entre los fenómenos, i a formular así sus leyes invariables. Nuestro conocimiento es, pues, puramente fenomenal; jamas conoceremos la esencia de las cosas, ni su oríjen primero ni su fin último.

Ahora se comprenderá con cuanta razon la filosofía positiva divide el universo en dos partes: una accesible, i la otra inaccesible a nuestra intelijencia. La primera comprende los innumerables i complicados fenómenos del universo i las leyes que los rijen; la segunda, las causas primeras i finales i la naturaleza íntima de las cosas.

A pesar de la verdad que encierra esta division, con respecto a los límites del espíritu humano, habrá muchos que en su orgullosa ignorancia, alzarán, por esto, el grito al cielo contra la filosofía positiva. Creo que, con ella, esta doctrina da al filósofo la mas

saludable lección que pueda recibir; pues, «reconociendo un inconocible indefinido, inmenso, le enseña, como dice Littré a pensar con reserva i humildad, a dejar ir todos los absolutos a donde la imaginación los conduce.»

Fijados así los límites del espíritu humano, la filosofía dejará ya de ocurrirse de ese inconocible que había sido el objeto permanente de la antigua metafísica, i su función se reducirá a coordinar todo el saber humano, a presentar en un conjunto armónico i metódico los resultados de todas las ciencias positivas. Esto es lo que hizo Augusto Comte en lo que ha llamado la Filosofía Positiva. Habiéndose posesionado de las cinco primeras ciencias que habían llegado ya a un estado positivo, i echando los primeros fundamentos positivos de la última, la sociología, trazó las filosofías de cada una de ellas, determinando sus hechos jenerales i coordinándolos en un todo homogéneo. Por último, de todas estas filosofías especiales, formó la filosofía jeneral o positiva, es decir, ejecutó con todo el grupo de las ciencias lo que ántes había ejecutado en el dominio especial de cada una de ellas.

Puede dudarse de la verdad de la coordinacion de las ciencias hecha por Augusto Comte; pueden señalarse en ella algunos errores; pero lo que no puede negarse es que haya constituido la filosofía, determinando su verdadero objeto, i señalando el único método que le es aplicable. Queda ya definitivamente establecido que el objeto sobre que deben obrar la ciencia i la filosofía es uno mismo; con esta sola diferencia: que, mientras la ciencia opera en un campo limitado i especial del saber, la filosofía opera sobre el vasto campo de todas las ciencias.

De esta estrecha alianza con las ciencias positivas depende la consistencia i el poder de la filosofía positiva. Es inatacable como ellas; crecerá i se desarrollará con ellas en el curso de los siglos venideros, i así como no queda la menor duda de que las verdades de la ciencia penetrarán hasta en los espíritus mas vulgares, debemos tener una entera confianza de que la filosofía positiva extenderá su imperio sobre todas las inteligencias.

Una de las concepciones mas luminosas de la filosofía positiva es su clasificación de las ciencias. Ha establecido entre ellas un orden jerárquico que es conforme al orden de complejidad de los fenómenos del mundo, conforme tambien en sus rasgos jenerales al desarrollo histórico de las ciencias, i adaptada por último a la organización de nuestra inteligencia que exige, para su educación,

que se vaya de los fenómenos mas sencillos a los mas complicados. Matemáticas, astronomía, física, química, biología i sociología: tal es la mejor de las clasificaciones propuestas hasta el dia. Ella abarca en sí todo el dominio del universo a donde es dado al hombre penetrar; i no hai ningun fenómeno asequible a nuestra intelijencia que no pueda entrar en alguna de esas seis ciencias fundamentales.

¡Qué de espléndidas aplicaciones para la práctica pueden sacarse de esta sencilla fórmula enciclopédica! Todo plan de educacion jeneral debe conformarse a ella si se desea formar hombres de firmes convicciones, i aptos para cultivar con provecho algun ramo del saber humano. Ella indica a los pensadores que quieren ocuparse del estudio de los fenómenos mas complicados del universo, la necesidad de preparar i fortificar su órgano intelectual en el estudio de las ciencias que tratan de los fenómenos mas sencillos.

Ningun ejemplo mas excelente de los magníficos resultados que puede obtener un espíritu que ha ejecutado su educacion científica segun el órden requerido por la filosofía positiva, que el que presenta el fundador de esta gran doctrina.

A principios de este siglo estaban ya constituidas las cinco primeras ciencias fundamentales: las matemáticas, la astronomía, la física, la química i la biología, esta última gracias a los trabajos del eminente fisiologista frances Bichat. Faltaba, pues, el último eslabon de esta gran cadena, la sociología, para que todas nuestras concepciones tomaran, por fin, un carácter enteramente positivo. Muchos grandes pensadores habíanse ocupado hasta entónces del estudio de la historia, la rama mas importante de la sociología, pues comprende la dinámica social o el movimiento de la sociedades humanas al traves de los siglos; pero faltos de una educacion conveniente i no estando aun constituidas las ciencias inferiores, no habian podido reducir los fenómenos sociales a una lei que espresara la marcha que siguen las sociedades en su desarrollo. En vista de estas decepciones, creíase que jamas llegaria a hacerse de la historia una ciencia positiva.

En este estado de cosas, Augusto Comte, con un conocimiento profundo de las cinco primeras ciencias, i habiendo trazado con mano maestra las filosofías de cada una de ellas, concibió el proyecto de constituir la ciencia de la historia, i los dos últimos volúmenes de su grande obra *Curso de Filosofía Positiva*, fueron con-

sagrados a diseñar el cuadro grandioso de los progresos del jénero humano. Jamas se habia penetrado con mirada mas certera i profunda en medio de los infinitos i variados acontecimientos de la historia; jamas se habian iluminado con mas vivas luces las profundidades del pasado.

El verdadero método histórico, el método de filiacion, estaba encontrado. La ciencia de la historia estaba constituida: habíase formulado su lei mas jeneral, la lei de los tres estados a que está sometida la evolucion de la humanidad: estado teolójico, estado metafísico i estado científico o positivo.

Me es grato poder citar aquí el juicio emitido acerca de la obra histórica de Augusto Comte por uno de los mas grandes pensadores de la Inglaterra, Stuart Mill. «Una vez establecidos,—dice en su obra titulada *Augusto Comte i el Positivismo*,—los primeros principios de la dinámica social, M. Comte entra a verificarlos i a aplicarlos por medio de una vista de conjunto de la historia universal. Este exámen llena dos gruesos volúmenes, mas de una tercera parte de la obra, i en todo él, apénas se encuentra una frase que no añada una idea. Lo miramos como el mas considerable de sus trabajos, a escepcion de su revista de las ciencias, i como mas notable aun, bajo muchos respectos, que esta última. Querríamos que fuese compatible con los límites de un ensayo como éste, dar si quiera una débil idea del mérito extraordinario de este análisis. Es necesario leerlo para apreciarlo. Cualquiera que rehuse creer que de la filosofía de la historia pueda hacerse una ciencia, debe suspender su juicio hasta despues de la lectura de estos volúmenes de M. Comte. No afirmamos que éstos deban de seguro hacerle cambiar de opinion, pero le aconsejamos vivamente tentar la prueba.»

Pues bien, este grandioso resultado a que alcanzó Augusto Comte, lo debió, mas que al poder de su jenio, a su feliz preparacion por el estudio que habia hecho, por su órden jerárquico, de todas las ciencias positivas, i principalmente de la biología o ciencia de la vida, base indispensable de la sociología.

Fácil seria seguir enumerando los inmensos servicios que la filosofía positiva ha prestado i seguirá prestando al espíritu humano, pero los estrechos límites de un artículo no me permiten hacerlo.

Creo mas conveniente en el momento en que comienza a hablarse entre nosotros de filosofía positiva, tomar en cuenta algunas objeciones que, aunque mil veces refutadas, se insiste aun en oponer a esta gran doctrina.

Desgraciadamente para esta, Augusto Comte cayó en algunos graves errores en sociología, sobre todo en sus últimos escritos que fueron producto, no del método objetivo que él tan brillantemente habia introducido en la filosofía, sino de un método enteramente subjetivo. Pero estos errores no deben atribuirse a la filosofía positiva, sino a Augusto Comte, que faltaba a su propio método o que hacia de él una falsa aplicacion. Si no fuera esto así, Littré, el mas eminente de sus discípulos, i singularmente exento de sus errores, segun la espresion de Stuart Mill, no habria podido señalarlos uno a uno, como lo ha hecho, sirviéndose del mismo método positivo inaugurado por su maestro.

No resisto al deseo de citar otro ejemplo tomado de nuestro mismo pais, i que todos pueden verificar. Uno de los errores mas fundamentales en sociología cometidos por el fundador del positivismo, es el haber despreciado la libertad, la espontaneidad de los individuos, i haberlo confiado todo al principio de autoridad; de aquí han provenido en gran parte sus errores en política. Pues bien, el señor Lastarria, que adopta el método i los principales principios de la filosofía positiva, se ha apartado en este punto completamente de Augusto Comte, i todas las conclusiones de su libro "Lecciones de Política positiva" están basadas en la libertad, en el gobierno del pueblo por sí mismo, o en la *semecracia*, para servirme de esta palabra tan acertadamente introducida en nuestro lenguaje científico.

Nada dicen, pues, en contra de la verdad, de la importancia i de la eficacia del método positivo, los errores que puede haber cometido Augusto Comte al tratar de aplicarlo, ni ménos aun los que cometió cuando cambió enteramente de método.

Otro de los argumentos con que se cree haber refutado al positivismo, es el haberle dado el banal apodo de materialismo. Bien sé que con él se consigue un gran triunfo: apartar de la filosofía positiva a todos aquellos espíritus timoratos que no se atreven a pensar por sí mismos i que tiemblan con solo oír aquella terrible palabra; pero creo que nada prueba contra una doctrina el que se la apellide con tal o cual nombre, por mas denigrante que sea.

Con todo, para poner en claro la verdad de las cosas, no estará de mas demostrar la inexactitud del calificativo de materialista dado a la filosofía positiva. Unas pocas consideraciones bastarán para ello.

Ninguna de las ciencias especiales, ni la astronomía, ni la física, ni la química, ni la biología, ni la sociología, es materialista o espiritualista. No se ocupan sino de los fenómenos i de sus leyes. I así como no hai derecho para decir una astronomía o una biología materialista, tampoco lo hai para denominar así a una filosofía que no es mas que el resultado de todas las ciencias especiales, i cuyas conclusiones jenerales no van mas allá de las conclusiones de todas ellas. Sin embargo, los teólogos i metafísicos, en su ignorancia absoluta de la naturaleza de las ciencias experimentales, no han vacilado en acusar a éstas de materialistas.

Hé aquí cómo responde a esta falsa acusacion el mas eminente de los fisiologistas franceses, Claudio Bernard, en nombre de la ciencia que ha cultivado con tanto éxito: "Para el experimentador, dice, no puede haber ni materialismo ni espiritualismo. Estas palabras pertenecen a una filosofía natural que ha envejecido; caerán en desuso por los progresos mismos de la ciencia. No conoceremos jamas ni el espíritu ni la materia, i de uno i otro lado este estudio no conduce mas que a negaciones científicas. Nosotros no podemos sino estudiar los fenómenos del mundo, conocer las condiciones de sus manifestaciones, i determinar las leyes de estas manifestaciones!"

La misma acusacion se ha dirijido contra la psicología inglesa, porque se resiste a separar el espíritu de la materia. Stuart Mill, uno de sus representantes, responde en estas profundas palabras: «Este método de interpretacion, dice refiriéndose a la gran lei de asociacion, ha sido frecuentemente difamado con el nombre de materialismo; los que saben que el idealismo de Berkeley ha resultado de ahí, dirán si este nombre le conviene. Esta teoría no tiene ningun lazo necesario con el materialismo en el sentido en que es un objeto de reprobacion. Pero si es ser materialista investigar las condiciones materiales de las operaciones mentales, todas las teorías del espíritu deben ser materialistas o insuficientes..... Las operaciones del espíritu tienen condiciones materiales; nadie puede negar, a ménos de contestar lo que todo el mundo admite hoy dia, que el espíritu tiene por órgano el cerebro. Acordado este punto, no hai ya nada de materialista en los ensayos que tienen por objeto llegar, tanto como la fisiología nos lo permita, a un conocimiento detallado de las relaciones que subsisten entre las manifestaciones mentales, i los estados del cerebro o de los nervios.....»

Si con justicia las diferentes ciencias especiales se han negado a recibir el nombre de materialistas, con justicia rechaza ese mismo nombre la filosofía positiva que no es otra cosa que la sistematización de todo el saber positivo.

Pero si las ciencias i la filosofía positiva que de ellas emana, no son materialistas ni espiritualistas, no dejan por eso, de afirmar resueltamente, como resultado de la experiencia, que el mundo está rejido por leyes invariables. Para la astronomía, no son voluntades arbitrarias las que conducen a los astros en sus inmensas órbitas; sus movimientos son solo el resultado de una propiedad constante de la materia: la gravitacion, palabra que no espresa mas que un hecho constantemente observado en toda la parte del universo a que nos ha sido dable penetrar. Lo mismo sucede en física, en química, en biología i en sociología: por todas partes observamos fenómenos mas o ménos complicados, pero sometidos todos a leyes permanentes e inmutables.

Del conocimiento de estas leyes, proviene la diferencia fundamental entre el modo de ser i obrar del hombre moderno, i el modo de ser i obrar del hombre primitivo, que estaba en una completa ignorancia de esas mismas leyes. En la actualidad, cuando la tierra se estremece a impulsos de las poderosas fuerzas que encierra, cuando el rayo amenaza nuestras cabezas, cuando una de esas terribles pestes traen la desolacion i la muerte a comarcas enteras, el hombre ilustrado no cae ya de rodillas, ni implora el vano socorro de los dioses, sino que, poniendo en juego la actividad de su espíritu, trata de descubrir las causas naturales de esos fenómenos, i una vez conseguido esto, de modificarlos, en ventaja suya, sirviéndose de otras fuerzas o propiedades que él mismo ha encontrado en la naturaleza. Así es como la física ha conseguido encadenar el rayo, así es como la medicina ha podido mitigar los desastrosos efectos de muchas enfermedades. Miéntras mayor sea el conocimiento que el hombre adquiera de las leyes del universo, mayor será su poder sobre el mundo exterior.

Réstame considerar ahora la mas grave de las acusaciones lanzadas contra la filosofía positiva. Se la señala como corruptora de la moral i como aniquiladora de los mas nobles sentimientos de la naturaleza humana, porque arrebatando al hombre la fé en sus antiguas creencias, le despoja del único fundamento de toda moralidad: la relijion. Bástenos decir que la filosofía positiva no viene a modificar en nada el orden de cosas establecido; ella no se

dirije de ningún modo a los que conservan la antigua fé, i aunque sus libros cayesen en las manos de éstos, no modificarían en nada el estado de su espíritu. Pero, en cambio, hai una multitud de personas, de dia en dia mas numerosas, que en una época mas o ménos temprana de su existencia i en virtud del progreso mismo de las cosas, han abandonado la fé tradicional. En este cambio, en esta metamórfosis, que no ha sido provocada por la filosofía positiva, i que la teología, por otra parte, no puede ni evitar ni explicar, es donde está el verdadero peligro para la moralidad. Cuando esas personas permanecian en la fé, el fundamento de su moralidad eran sus creencias religiosas: la pérdida de éstas acarrea en cierto modo la de aquella. Por esto vemos a muchas de ellas flotar inciertas sin poder encontrar una norma segura para su conducta, i rara vez hallaremos en ellas firmes convicciones morales. A estas personas es a las que se dirije principalmente la filosofía positiva; aspira a darles fuertes convicciones morales en conformidad con la verdad positiva, i a hacerles cultivar i fortificar los mas bellos sentimientos que se encuentran nacies en el corazon del hombre moderno.

Inútil me parece procurar demostrar que la nueva moral ha de ser superior a la moral teológica, i que en la doctrina positiva el hombre experimentará goces tan puros e intensos como los de la antigua fé. La superioridad de una doctrina i las satisfacciones que procura, son cosas enteramente relativas al espíritu del que la posee; pero, «puesto que tantas personas, dice Littré, abandonan incesantemente la doctrina teológica, es claro que ella no basta ni a su intelijencia ni a su corazon.»

No dejaré, sin embargo, de reproducir aquí unas hermosas páginas de Mis Martineau, en que pinta con vivos colores las bellezas de la nueva doctrina i los elevados sentimientos que a su contacto nacerán en el corazon del hombre. Nadie mejor que una mujer podia percibir la parte sentimental i moral de la filosofía positiva. Oigamos las palabras que la eminente pensadora inglesa pone al fin del prefacio de la traduccion que ha hecho al ingles de la grande obra de Augusto Comte.

«Durante todo el curso de mi larga tarea me ha parecido que en la obra de M. Comte se encuentra, puesta en accion, la mas fuerte refutacion de esa forma de la intolerancia teológica que censura a la filosofía positiva como atacada de orgullo mental i de bajeza moral. La imputacion no caerá sobre esta doctrina, i la

enemistad del mundo religioso por este libro no se disminuirá, porque aparece entre nosotros en una version inglesa. Está bien; el mundo teológico no puede dejar de aborrecer un libro que considera la creencia religiosa como un estado transitorio del espíritu humano. Los predicadores i doctores de todas las sectas i escuelas se mantienen en la antigua práctica, en otro tiempo inevitable, de contemplar el universo i de juzgarlo segun el punto de vista de su propio espíritu, en lugar de haber aprendido a colocarse fuera de sí mismos, i a hacer la investigacion no del hombre hacia el universo, sino del universo hacia el hombre; deben pensar mal necesariamente de un libro que espone la futilidad de su método i de los resultados a que conduce. M. Comte piensa que la teología i metafísica están destinadas a desaparecer; por consiguiente, los teólogos i metafísicos aborrecen, temen, desprecian su obra. No hacen sino espresar sus propios sentimientos, sus sentimientos naturales, con relacion a los objetos de su respeto i al fin de su vida, cuando acusan a la filosofia positiva de estar plagada de irreverencia i de dureza, i de carecer de aspiracion, de gracia i de belleza, i así de lo demas. No son jueces del caso; los que lo son, es decir aquellos que han atravesado la teología i la metafísica i que, conociendo lo que ellas valen hoy dia, se han elevado mas alto, pronunciarán una sentencia enteramente diversa sobre este libro, aunque no contenga ninguna apelacion a una sentencia de este jénero, ni materiales algunos para semejante discusion. Cuando uno se ha formado en la difícil tarea de hacer ceder los sueños a las realidades hasta que la belleza de la realidad aparezca en su plenitud, i que la de los sueños se sumerja en las tinieblas, entónces el encanto moral del libro se hace igual a la satisfaccion intelectual que procura. El aspecto en que presenta al hombre es tan favorable a su disciplina moral como tiene frescura i escitacion para su intelijencia. Repentinamente nos encontramos viviendo i moviéndonos en medio del universo, como una parte, no como el fin i el objeto de este universo; nos encontramos colocados no bajo condiciones caprichosas i arbitrarias, sin enlace con la constitucion i los impulsos del todo, sino bajo grandes leyes, jenerales, invariables, que obran sobre nosotros como una parte del todo que somos. A la verdad, no puedo concebir ninguna enseñanza que dé mas vuelo a las aspiraciones, que aquella en que se aprende cuánto valen nuestras facultades, cuán pequeño es nuestro conocimiento, cuán sublimes las alturas a que

podemos esperar alcanzar, cuán ilimitada la inmensidad que nos abrimos. Encontramos ahí, de paso, indicaciones sobre los males infljidos a nosotros por nosotros mismos, gracias a nuestras miras bajas, a nuestras pasiones egoistas, i a nuestra orgullosa ignorancia; i, en contraste, se desplegan ahí en pinturas animadas la belleza i la gloria de las leyes eternas, así como la dulce serenidad, el valor heroico i la noble resignacion que son la consecuencia natural de empresas tan puras i de ambiciones tan verdaderas como las de la filosofía positiva. El orgullo de intelijencia está ciertamente del lado de aquellos que insisten en una creencia sin prueba i en una filosofía derivada de su propia accion intelectual, sin materiales reales ni corroboracion esterna; no lo está del lado de aquellos que son demasiado escrupulosos i demasiado humildes para elevarse mas arriba de la prueba, i para añadir del fondo de su imaginacion lo que esta prueba no suministra ni comporta. Si se desea extinguir la presuncion, apartar las cosas bajas, llenar la vida de dignas ocupaciones i de placeres que ennoblezcan, i elevar la esperanza i la actividad humana al mas alto grado, me parece que lo mejor es proseguir la filosofía positiva con toda su série de nobles verdades i de móviles irresistibles. La perspectiva que ella abre es sin límites; porque entre las leyes que establece, la del progreso humano es preeminente. Las virtudes que alimenta, son todas las de que el hombre es capaz: i las mas nobles le son particularmente caras. El hábito de buscar la verdad, de decir la verdad i de ser verdadero consigo mismo i con todas las cosas, es evidentemente la primera de todas las exigencias; una vez adquirido este hábito i disciplinada así la conciencia natural, todos los demas atributos morales se elevarán al nivel requerido. Cuando se sabe lo que es realmente el estudio de la filosofía, quiero decir de la filosofía positiva, se hace evidente su efecto sobre las aspiraciones i la disciplina del hombre, i la duda no se esplica sino suponiendo que los acusadores no conocen lo que ponen en cuestion. Mi esperanza es que este libro, ademas de los objetos buscados por el autor, llevará a cabo uno mas que no ha sido buscado, es decir refutará suficientemente a los que, en su egoismo teológico o en su orgullo metafísico, hablan mal de una filosofía demasiado elevada i demasiado sencilla, demasiado humilde i demasiado jenerosa para los hábitos de su espíritu. El caso es claro. La lei de progreso está manifestamente en obra en el curso de la historia humana; cualesquiera que sean los nombres que lleve en-

tre aquellos que, en cada secta, hacen verdaderos estudios, el único campo en que ella se despliega es la filosofía positiva; i esta filosofía está necesariamente en armonía con las virtudes cuya supresion suprimiria el progreso.»

Con esta brillante i concienzuda refutacion de Mis Martineau terminaré aquí estas observaciones sobre las objeciones que se ha pretendido dirigir a la filosofía positiva; i concluiré este artículo con unas pocas palabras sobre la propagacion i el triunfo del modo de pensar positivo.

Nadie está mas profundamente convencido que la filosofía positiva de la lentitud con que se efectúan los cambios en el estado mental de los hombres; pero no es menor su convencimiento de que ellos se efectúan inevitablemente. La historia de la humanidad lo manifiesta en todas sus páginas. Hubo un tiempo en que toda la Europa estaba profundamente sumerjida en la creencia politeísta. Es cierto que, a la época de la aparicion del cristianismo, esta creencia se habia debilitado inmensamente, pues ya los espíritus mas ilustrados habian podido elevarse a la concepcion monoteísta del mundo; pero, no dejaba, por esto, de tener todavía hondas raices en los pueblos griego i romano. Pues bien, en este estado de los espíritus, surge el cristianismo i comienza su incesante propagacion. En vano fueron todos los obstáculos que le opusieron los emperadores i los pueblos; de nada sirvieron las numerosas persecuciones contra los cristianos, ni los martirios i sufrimientos que se hizo padecer a los celosos propagadores de la nueva fé. Todo fué inútil, i en trescientos años la nueva religion era la religion del grande imperio romano, bajo el cetro de Constantino. Tal es la lei del progreso humano.

En la actualidad, tres modos de pensar esencialmente diferentes se disputan el dominio de la intelijencia humana: el teológico, el metafísico i el positivo.

Pero mientras los dos primeros, en vez de progresar, pierden terreno de dia en dia, el último va en continuo crecimiento. Ya casi todos los pensadores que marchan a la vanguardia del saber humano, están acordes en reconocer la relatividad de todos nuestros conocimientos, i que su única base es la esperiencia. La creencia en la invariabilidad de las leyes de la naturaleza, enerrada al principio en la mente de mui pocos pensadores, se hace cada dia mas jeneral, mediante la constante difusion de las ciencias positivas.

El resultado de la lucha es seguro. Los dogmas relijiosos, obras de la imaginacion i de la fantasia de los hombres, han variado de pueblo a pueblo i de edad a edad. Solo se sostienen aun en los hábitos i sentimientos heredados i en la ignorancia de los pueblos, pero están irrevocablemente destinados a desaparecer ante luz de la ciencia i de la filosofía.

La ciencia, obra de la razon i de la esperiencia, es una sola, en su método i en sus principales resultados, para todos los pueblos de la tierra. A su construccion han contribuido hombres de todas las edades i de todos los paises, i el tiempo no hace sino acrecentarla i difundirla mas i mas hasta entre las inteligencias mas vulgares.

Hai quienes piensan que las creencias mas opuestas pueden subsistir indefinidamente las unas al lado de las otras en el seno de la humanidad. Pero esta no ha aceptado ni aceptará jamas semejante transaccion, i no podrá vacilar entre una concepcion, sin pruebas, que supone a todos los fenómenos gobernados arbitrariamente por voluntades superiores, i la concepcion cientifica del mundo que prueba que todos los fenómenos están sometidos a una regularidad suprema, que no ha sido jamas alterada por una voluntad estraña i arbitraria.

JORJE LAGARRIGUE.